

## Pantalla Plana

Catalina Mena Larraín

Catalina Mena es periodista, curadora y crítico de arte residente en Santiago de Chile. Ha publicado más de 250 textos de artes visuales en catálogos, libros y medios periodísticos de Chile, Latinoamérica y Estados Unidos. También publicó el libro de poesía *Siete A.M.* en 1993, bajo editorial Nanker.

### LA PANTALLA

Que la pantalla no sea el abismo. Que no sea la pantalla la camilla de los malditos. Que no proyecte la locura congénita, que no sea la plataforma de los vértigos. Que sea un noticiero vacío de noticias: apenas el rostro borroso de un locutor enmudecido. Todas las declaraciones que nadie ha hecho. Todas las historias que no vale la pena contar. Que se quede así plana. Que sea impúdica en su planicie. Que no engañe a nadie. Que se apague.

### EL ENCUADRE

Visualizas el abrazo sudoroso de tus progenitores en el clímax de la copulación. El cuadro se disloca. Puede ser por el severo desenfoque que impide delimitar las anatomías: nadie es más vieja que una madre borrada sometiéndose al reality de tu engendramiento.

Te estremece la fantasía de revisar las huellas de semen sobre la litera, las manchas que perforaron tu historia, reprimiendo cualquier asomo del instinto. Del otro lado de la pantalla, crees volver a oír los gemidos ahogados de tu madre. Estado de excepción. Sabes que el llanto de tu madre fue el afrodisíaco de un vínculo torcido, que tu nacimiento bifurcó la trayectoria de los cuerpos y que así fuiste arrojada a la intemperie.

Esos cuerpos ahora se encogen progresivamente hasta que el embrollo de sábanas se transforma en una textura abstracta que cubre el formato por completo. En un momento, la imagen es un rectángulo rugoso en cuyos pliegues se ensayan todos los matices del blanco. Puedes imaginar la cama como un campo de batalla y adivinar la tiranía del blanco sucio: el cliché de la violación.

La toma se abre y deja ver la estructura precisa de la cama. Toque de queda. Durante diez segundos, calzados sobre banda sonora de Violeta Parra —“la vida me da recelo”— el catre se deja aparecer como el clásico mueble familiar donde madres e hijas se consagran cada tarde a la telenovela. Ficción culebrera.

No. La serpiente es el falo macho de tu padre biológico, cuya rigidez amenaza como un castigo. Falo y correa de cuero y reloj metálico y venas sobresaliendo en antebrazo castrense.

Ahora el zoom in es deliberado y tiñe todo el encuadre. Pero es sólo un grado más de carne, en la escala cromática que va del blanco sucio de la sábana a la terrosa piel de tu madre. Sobre este escenario puedes distinguir una finísima pelusa, una que otra gota de sudor, poros dilatados, arrugas sutiles, cicatrices ilegibles. Un paisaje que podría ser el tejido de tu bandera mental pero también y, con otra lente, la fotografía aérea del desierto de Atacama.

Registras los datos epidérmicos tal como te los presenta tu aparato visual: así, desagregados. No recompones. No logras armar el abrazo de dos cuerpos enteros. Los datos figuran obedientes a la razón y la fuerza de tu símbolo patrio. Pero lo que te conmueve —lo que produce ese temblor setentero en tu sistema circulatorio— no es la imagen, sino el olor. La emoción siempre es olfativa y te trae a la memoria el olor de esas flores blancas que bordeaban las veredas de los 80's, cuando de regreso de la escuela las ibas arrancando de sus tallos para chuparles el néctar. “El semen es como leche de flor y a mí no me gusta la leche”, pensaste veinte años después, en una plaza de Santiago poniente, mientras la dulce secreción te recorría la lengua. Entonces el blanco de la bandera fue como leche estancada.

Ahora planeas en cámara lenta sobre los senos de tu madre, el foco se detiene en el pezón y se desliza hacia la piel amoratada que lo rodea. Las caras tienden a desaparecer. Y los cuerpos, trozos de cuerpo, se fugan enloquecidos por este movimiento de energías perversas. Todo es centrífugo, como tu memoria.

Sin embargo, el blanco sucio compone estéticamente el argumento. Mientras los elementos se desenfocan, el camastro es la única realidad acotada. Estado de sitio. Parece que se tratara de tu propia cama, sobre la cual invocas figuras sólidas que flotan en el desagüe de tu corazón huacho.

Tiene que existir un lugar donde instalar el relato biográfico del amor.

Pero los rostros se obstinan en desaparecer a la chilena. Ni siquiera una imagen pirateada que pueda ilustrar la cara materna, ni una imagen que se ajuste vagamente.

Se ha cortado el hilo de tu tejido crónico.

De lejos te llega el cantito ligero del himno nacional, que se quiebra rítmicamente con el ladrido de los perros. Lloras biliar. Llanto de cáscara de naranja, llanto de cables eléctricos, llanto de grasa y colonia inglesa. La pantalla se oscurece y sobre ella desfilan pequeñas letras blancas.

Las luces se encienden y el público, aturdido, se retira de la sala.

## EL GUIÓN

Iba corriendo por un prado de los 60, con toda una noche de hadas y euforia. Y me detiene mi madre con una gorra de policía. Y me amenaza con las penas del infierno.

## LA ESPECTADORA

Y no te acuerdas qué día fue que comenzaste a disolverte. Cuándo fue que te hundiste en la amnesia de los datos. Te borraste. Y avanzaste sordomuda y paralela, pero cuidando, eso sí, que las flores no se pudrieran en el jarrón del living.

Y esta escena fílmica quedó suspendida en el mecánico palabreo que desde la pantalla intentaba penetrarte por todos los orificios abiertos de tu cuerpo. Era como una tecla insistente, o como una gotera, o como una piedra en el zapato y en la cabeza.

Y te vino la resaca. Se te olvidó tener la razón. Te volviste indiferente a tus ideas. Te quedaste mirando el horizonte de la mesa, queriendo convertirte toda tú en esa línea horizontal.

Te rehiciste analfabeta y eriaza en otra parte.

## EL DECLIVE NARRATIVO

Hay una gloriosa deformación en las palabras que hace de la sobremesa sabatina su escenografía sublime. La sensación férrea de lo que ya no fuiste, esa conciencia norteamericana del tiempo: Broken flowers, American Beauty. Roto y brillante.

Un oscuro glamour oculto en el relleno del sostén. Sea el sex appeal que tienen los viejos continentes o el recuento, simplemente, de todas las cirugías a las que te sometiste para sobrellevar la historia. Esas heridas que fueron en pro de la belleza y que ahora son karmas inútiles.

Antes no ibas al restaurante, sino al banco de la plaza. Peinabas la calle ¿te acuerdas? Con los bolsillos livianos campeabas libertario en tu pobreza. Cuando eras Cristo y compartías tu precaria despensa con los amigos. ¿Te acuerdas cuando partiste el pan en La Última Cena?

Pero ahora el pan es una instalación de silicona en el Museo Contemporáneo. Y cuando intentas masticarlo se te caen los dientes. Good Night, América.

## EL FINAL

Me destrocé ante los televidentes. Puse toda la carne a la parrilla. Me dolía la cabeza. (Los periodistas no hablaron de eso). Lloré mi extravío en la interlínea de la pantalla. Disparé el rating y me tragué el orgullo.

## NO WORRIES

Hay una tarde cayendo. Hay 30 grados en la noche.  
Hay que sentirse satisfecho.

## EL ÁRBOL MALEZA

Invertí el orden de los afanes. Y ahora estoy haciendo de la noche mi asunto.

El árbol maleza del jardín dibuja su silueta contra el cielo blanco de un amanecer que ha llegado con demasiado retraso.

Sentada en la mesa pequeña de una casa pequeña (muy parecida a una cárcel) observo la sombra negra del árbol contra el cielo blanco, insípido.

Y pensar que hace pocas horas me reía.

Qué extraño es estar tan endemoniadamente triste y que te sigan causando gracia las bromas tontas de tus amigos.

Y se me ocurre que lo mío no es tristeza, sino pateada de perra. Y cuando digo esto me figura a una perra hambrienta que respira agitada al descubrir un hueso succulento al fondo de la bolsa de basura.

## LAS PAPAS

Todo está arriba de la mesa, el cansancio, la rabia y la torpeza. Las papas, la gaseosa, los estudiantes, la protesta. Arriba de la mesa el padre pide ver las notas de sus hijos y mentalmente saca la cuenta del sueño educativo que se ha ido al carajo.

Arriba de la mesa están las frustraciones. Los polvos que los maridos dejaron de pegarse y las cuentas que al mismo tiempo dejaron de pagarse. Y las papas que se enfrían.

## VERANO FASCISTA

Los cuerpos somnolientos atraviesan la ciudad enquistados en un carro del metro de Santiago. Afuera un vapor extraño se apodera de las cosas. Un señor lleva en el bolsillo un teléfono celular que suena y suena y suena. Majaderamente. Cae la tarde, caen las teleseries, cae el noticiero. Y Chile duerme su verano fascista.

## LAS NOCHES

Y que las noches no cayeron, sino que fueron cayendo. Se encabalaron unas sobre otras como una baraja de naipes. Hicieron cascada sobre la mesa de juego. Y que fueron cayendo unas tras otras las noches. Que no eran noches, sino jugadas. Y entre las luces y los contornos difusos, en el centro y también en los suburbios, nos miramos con belleza cómplice, como si fuéramos socios o estafadores finos. Y en esas noches, que eran jugadas, que eran bellas estafas, yo me enfiestaba y me miraba al espejo. Pero no era yo quien se reflejaba, sino tú. Era por tus ojos que yo miraba. Eran tus proyecciones el escenario de los brillos y las sombras de esas noches que eran jugadas y eran inciertas. Eran paisajes. Y en el borde de esas noches-paisajes, caíamos abrazados sobre mi cama. Y era la cama el abismo de nuestros sueños inquietos. Y allí en la cama-abismo yo volvía a mirarte. Pero no eran tus ojos lo que miraba sino el contorno de tu boca. Ahí nos íbamos. Y llegaba la mañana. Y el sol pálido de este invierno apenas iluminaba el cuarto. El invierno no te parecía invierno, decías, sino otoño o primavera. Y en esta noche-abismo-cama, de otoño – primavera, se invertían los hemisferios. Y el norte era el sur, y el sur era norte. Pero no eras tú, sino un deseo antiguo y arrastrado, que en ese instante se encarnaba completamente en tu mente y en tu cuerpo. Y en ese paisaje-abismo del deseo que se hizo cuerpo sobre la cama, nos abrazamos tierna y largamente. Y las horas pasaron ante tu resistente ansiedad, porque tu mente quería callejear, pero tu cuerpo insistía en permanecer ahí. Quizás porque sobre las sábanas de ese paisaje-abismo se dibujaban todas las calles y las ciudades del mundo. Porque la cama era un mapa de la noche, es que dejábamos que escaparan las mañanas, y otra vez se iban las horas en cascada. Y así estábamos suspendidos en el tiempo. Que los dos haciendo cama.

## LA NAVIDAD

Hablo como quien suda para botar un flujo incierto. Las palabras son sustancia escurridiza. Como quien grita en un idioma que no entiende para tapar el hoyo del lenguaje. ¿Dónde se oculta esa palabra nueva que no asoma su cabeza?

Camino por la Plaza de Armas, intentando comprender de qué se trata. Dos niñas cruzan la vereda con vestidos que flotan, calipsos. Y las luces se encienden y se apagan. Santa Claus anda en pijama.

¡Billeteras, poleras, papeles, relojes, zapatillas, juguetes! No sé de dónde saca tanta garganta la vieja del kiosco que arenga su mercancía. Y las palabras se trituran en miles de pequeñísimas partículas que caen como challas de fin de año. Y no me tocan. O me tocan sin tocarme. O soy yo quien no puede tocarlas.

Quizás el amor ande perdido en el patio trasero de la infancia.

## LA DESPEDIDA

Mientras peleas con el scotch y el papel de envolver, mientras vas mirando y dejando de mirar para guardar. Y siempre piensas que no sabes si te vas o si te quedas. Y vuelves a sacar cuentas con los números del amor. Y te desfilan los cronogramas de la historia. De los recuerdos nítidos y crudos pero, sobre todo, de los olvidos.

Mientras te dejas acribillar por una página que atravesó tu biografía. Y sigues haciendo el paquete para llevar al correo.

Así, mientras apenas escucho el crujir del papel que envuelve sin envolver, me envuelvo y me desenvuelvo en las letras de una historia que otro escribe. Porque la vida real está reñida con la escritura.

Y me dices y te digo. Las palabras son el polen de una primavera tardía en los edificios apagados de las ciudades.

La torre Eiffel ha dejado de brillar.

## MANIFIESTO DE LA JEFA DE HOGAR

Y si la Jefa de Hogar redactara su manifiesto, sería por la ausencia de un formato que la ampare. Y porque esa misma ausencia, la dejó a la deriva. Estampada como una fórmula en los papeles del censo chileno. Allí decía que la Jefa de Hogar era la protagonista de la historia patria. Pero eso era la estadística.

Siempre lijando los bordes de unas palabras que no se dicen. La Jefa de Hogar no es jefa en el sentido más común de la palabra. Es otra la autoridad que la inviste, cifrada en su imaginario delantal de cocina: ella administra el trajinar caótico de los días.

El hogar es un fuego que siempre se está extinguiendo. Ya no esa tribu unida por la sobrevivencia. Ya no la hoguera crujiendo su insistente esplendor. Ahora el hogar es una llamita que titila su fragilidad en un departamento de un barrio residencial. Se alimenta de soplidos y balbuceos, de sudores, sonrisas y sillones, de amores, rabias y flores.

Tambaleando los mecanismos alimenticios, callejeando los zaguanes y los pasillos, negociando palabradas sobre orígenes y culpas.